

través de las cuales Díaz de Guereñu y Bernal pretenden aclarar referencias a hechos, personas, escritos y otras cuestiones para hacer más comprensible el contexto en que fueron escritas. Al final del volumen, los editores han insertado varios índices —cronológico de cartas, de poemas y onomástico— que enriquecen y facilitan la lectura del epistolario.

Con esta obra tan completa y bien documentada, Juan Manuel Díaz de Guereñu y José Luis Bernal continúan su obstinada labor investigadora en torno a las figuras de Gerardo Diego y Juan Larrea y los epistolarios de la Edad de Plata. Como concluyen, esta correspondencia «esclarece el papel que muchos de los autores y obras de la Edad de Plata han desempeñado y desempeñan en la historia literaria contemporánea española, así como el protagonismo fundamental que en ella tienen Diego y Larrea» (pág. xxxviii). Este epistolario es, como venimos insistiendo, una excelente piedra de toque en el horizonte de los estudios de la literatura de la Edad de Plata y de la evolución poética de Diego y Larrea. Con acertado tino, Díaz de Guereñu y Bernal continúan el proyecto de rescate y recuperación de los epistolarios de autores de este momento germinal de la literatura española contemporánea.

Guadalupe NIETO CABALLERO
Universidad de Extremadura

DAVID HUERTA: *La violencia en México*. Madrid, La Huerta Grande Editorial, 2015, 116 páginas. ISBN: 978-84-943393-8-7.

Hijo del célebre poeta y periodista mexicano Efraín Huerta (1914-1982), David Huerta (Ciudad de México, 1949) encarna la figura del intelectual comprometido. Miembro de la reivindicativa generación estudiantil del sesenta y ocho, a su extensa labor como difusor cultural y literario —faceta en la que destacan no solo su coordinación de talleres literarios impartidos en la UNAM o en el Instituto Nacional de Bellas Artes, sino también su desempeño editorial al frente del periódico *La Gaceta*—, hay que sumar la de comentarista político en el semanario *Proceso* o la de autor de una ingente producción escritural. Como autor destaca principalmente en los campos de la lírica y el ensayo, los cuales le han valido importantes reconocimientos como el Carlos Pellicer de poesía en 1990 o el Xavier Villaurrutia al mejor libro del año 2005 por *Versión*.

El ensayo *La violencia en México* encierra ante todo un alarido desgarrado, expresado a través de la rabia, el desencanto y la frustración, ante el imperio de violencia institucionalizada y el estado de alarma permanente en los que

está sumido el país azteca. Más concretamente, el autor mexicano presenta una revisión pormenorizadas de dos décadas (de 1994 a 2015) aciagas de la historia reciente de México, en las que los actos de sinrazón y brutalidad entre mexicanos se han venido recrudeciendo hasta alcanzar unas cotas de salvajismo desbordantes.

Expuesto desde los márgenes expresivos de la literatura frente a la contención narrativa de la crónica histórica o los retoricismos del discurso político-ideológico, en el relato de Huerta, sin embargo, se conjugan perfectamente el compromiso emocional del relato subjetivo con la vocación documental. En el plano estilístico, destaca un uso cultivado del lenguaje, con una gran precisión en el uso de la adjetivación —«El PRI no era nada más un partido político poderoso y hegemónico; sino que de él se desprendía todo un estilo de vida nacional» (pág. 22)—, además del predominio de oraciones breves y directas que le infunden al texto un tono seco y cortante en plena consonancia con el tema sobre el que trata y alejado de grandilocuencias o patetismos expresivos.

Por lo que concierne a los hechos históricos concretos, el repaso comienza con el asesinato en marzo de 1994 del candidato priísta a la presidencia Luis Donald Colosio en el trascurso de un acto de campaña en la ciudad nortea de Tijuana. Un magnicidio simbólico para el autor que significó el inicio de esa escalada de terror homicida en la que entraría el país: «Fue como si de entonces a esta parte todo se permitiera en la esfera sangrienta de la criminalidad; como si ya no hubiera freno. Si mataron al candidato del PRI, ya todo se vale» (pág. 27). A este asesinato se sumó también ese mismo año la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN): una insurrección guerrillera por la mejora de las condiciones de vida de las comunidades campesinas, en este caso, localizadas en el sur del país, que costó también varias decenas de vidas mexicanas y que contribuyó a complicar todavía más el panorama político-social. A estos sucesos se añadirían sucesivamente el rapto, la violación y el asesinato de las mujeres en Ciudad Juárez desde mediados de la década de los noventa, el detestable asesinato del hijo del poeta Javier Sicilia en marzo de 2011, el brutal secuestro y la posterior matanza de cuarenta y tres estudiantes normalistas en el estado de Guerrero en septiembre de 2014 o la matanza de la Colonia Narvarte en julio de 2015, en la misma Ciudad de México, en la que murió el fotoperiodista Javier Duarte (sucinto resumen de los casos más significativos que, a lo largo de veinte años y a través de toda la geografía mexicana, para el autor mexicano representan no solo una preocupante normalización, sino una institucionalización en toda regla del uso de la violencia frente a la ley y la justicia para la consecución de objetivos cualesquiera que sean).

Del mismo modo, David Huerta no duda en señalar como responsables de esta situación, por un lado, a la incompetencia gubernamental —la alternancia en el poder no contribuyó a solucionar el problema sino a agravarlo, sobre todo gracias a la cruzada personalista y cortoplacista contra el narco llevada a cabo por Felipe Calderón durante su mandato (2006-2012) y continuada por el priísta Peña Nieto—, instalada, además, en la ominosa retórica de culpar a las víctimas por su falta de prevención —«los abatidos por las balas de los criminales o de los policías [...] estaban donde no debían en el momento menos oportuno» (pág. 52)—. Por otro, a la dominación ejercida por las bandas dedicadas al narcotráfico en base a la explotación y el soborno. Y en tercer lugar, a la connivencia entre ambos estamentos, como demuestra la sorprendente fuga de uno de los narcotraficantes más poderosos de la historia del país, Javier «el Chapo» Guzmán en 12 de julio de 2015.

Al final del ensayo, una vez concluido este repaso histórico, el autor hace mención especial de tres aspectos fundamentales a tener en cuenta para contrarrestar esta situación de degradación por la que atraviesa México: en primer lugar, la necesidad de socavar los cimientos socioculturales de la narco-cultura tan fuertemente arraigados en determinadas zonas del país (principalmente en estados norteros marcados por la frontera como Baja California, Chihuahua o Sonora), cuyas manifestaciones —como en el caso de los narcocorridos— se dedican a dulcificar y ensalzar la figura del traficante, elevándola a la de un *Robin Hood* moderno y constituyendo un modelo pernicioso para la juventud con menos recursos; en segundo, la justicia de reivindicar el papel social de la literatura (con especial mención a la poesía) como vehículo a través del cual no solo dar testimonio, sino denunciar la grave crisis de valores por la que atraviesa el país; y, por último, el lanzamiento de un alegato en favor de la movilización (siguiendo el ejemplo de algunas surgidas durante este periodo como «Las patronas», en apoyo a los migrantes, o «Ante los feminicidios», contra las matanzas impunes de Ciudad Juárez) como única esperanza de lucha efectiva y última barrera de contención posible contra la instauración perpetua e irreversible de la barbarie:

Solamente «la sociedad que se organiza», expresión feliz y esperanzadora de Monsiváis, podrá detener, atenuar o, en último término, comenzar a transformar la violencia en México en el atroz recuerdo de un pasado que no deberá repetirse (pág. 110).

Diego Ernesto PARRA SÁNCHEZ
Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea